

EUROPA Y AMERICA CENTRAL

*Edgard Pisani**

Europa está aquí presente en sus diez estados miembros, y lo está también en tanto que Comunidad. Lo está en su dimensión presente, pero también en su dimensión futura y próxima, puesto que España y Portugal están con nosotros.

Cualesquiera sean los resultados obtenidos (y estos pueden ser, según lo que hagamos aquí, importantes o inmensos), tenemos que estar agradecidos, ante todo, con los propiciadores de este encuentro. Este expresa con solemnidad y asombro el interés que Europa tiene por esta región del mundo, en la cual ella no puede, evidentemente, estar ausente por razones culturales, y políticas también. Este encuentro tiene como meta detener o cambiar el rumbo de las cosas que, de conflictos de intereses a incidentes de fronteras, de tensiones sociales y nacionales a conflictos ideológicos y estratégicos, arriesgan con llevar inexorablemente la región hacia una mayor inestabilidad, luchas e intervenciones armadas. Esto podría conducir a un enfrentamiento que, como el que divide hoy el mundo, correría el riesgo de arrastrarnos a una prueba que, precisamente, el mundo no quiere. Y esto no lo queremos, pues las armas no resolverían nada y las consecuencias de una intervención serían dramáticamente negativas.

Refirámonos un instante a Europa. Su historia reciente es, desde muchos ángulos, ejemplar. Aquella

* Miembro de la Comisión de las Comunidades Europeas. Alocución en la Conferencia de San José, 28 de setiembre de 1984.

• Traducción del francés: Julián González.

es, sin proponérselo como modelo y a pesar de todos sus defectos y fracasos, el esfuerzo más avanzado de coordinación de un máximo de instrumentos políticos, económicos, financieros, técnicos, sociales para reducir el nivel de dependencias exteriores y reducir las disparidades políticas, económicas y sociales.

Después de siglos de luchas asesinas en busca de dominación o de equilibrio, y en el amanecer de la guerra más espantosa que ha habido, seis países beligerantes deciden poner fin a su interminable guerra fratricida. Y la paz está allí, instalada para siempre, con el aporte de sus beneficios primero a diez y luego a doce países entre los que la guerra es, en adelante, imposible e inimaginable. La guerra salió de nuestras categorías mentales y ya ni siquiera forma parte de nuestro lenguaje. Entre nosotros, me consta, la guerra murió. ¿Quiere esto decir que algún poder soberano se impone a todos y que una despiadada mano obliga a cada uno a respetar a los otros? De ninguna manera. Cada día, y Dios sabe que es difícil, tenemos que buscar el consenso y llegar a él cueste lo que cueste. No por vía de autoridad, sino a falta de poder imaginar otro destino, otro modo de vida. Hemos tomado consciencia de todo lo que nos conduce a vivir juntos.

¿Esto significa que, a falta de intereses siempre idénticos, tengamos una misma política, una misma organización social, un mismo sistema político? Claro que no; cada uno de nosotros tiene la intención de seguir siendo lo que es y de preservar la libertad de llevar a cabo las decisiones políticas, económicas, sociales, ideológicas y de civilización que le convengan. En un mundo amenazante, tanto para Europa como para ustedes, los diez o los doce países han decidido construir una comunidad para que ésta ayude a cada uno a salvaguardar su carácter propio. Una comunidad no para fundirse, sino para adicionarse; una comunidad para existir más, y estar más presentes en el mundo. Tal es la decisión de los estados miembros o candidatos a serlo, apoyados por sus opiniones públicas. Las diversidades que existen entre ellos son más importan-

tes que lo que pueda parecer de lejos. Resulta de ello que, más allá de las tensiones y cambios de equilibrio de los que su historia reciente es rica, ellos buscan solidariamente su camino.

Además, la base del pacto europeo es doble; la paz, ya asegurada y, más allá, la tolerancia mutua. Por encima de las fronteras, ésta es el reconocimiento y la aceptación de nuestras diferencias; ella es fuente de un enriquecimiento común. Esta tolerancia mutua encuentra su asidero en la tolerancia interna, en el pluralismo de cada una de nuestras democracias, en el respeto de los derechos del hombre. Grecia, España y Portugal son testigos de ello, por no haber podido ser de los nuestros, ni haber pretendido ellos mismos participar en nuestra diversidad y enriquecerla, sino desde el día en que hubieron logrado desterrar de su seno la intolerancia y recuperado la libertad, e inscrito en sus objetivos esenciales la justicia social. Así reforzaron su propia conquista y nuestro edificio común.

Nunca será suficientemente dicha la fuerza de esta atracción democrática: nada es más difícil que hacer concordar las economías ibéricas con la economía de la Comunidad de los Diez; nada, sin embargo, permite dudar de esta expansión de hoy en tan difícil negociación.

Tales son las múltiples convergentes del mensaje que la Comunidad Europea trae al mundo, y que hoy acaba de proclamar en esta América Central que, de todas las regiones del mundo, es la que tiene más necesidad de comprenderlo y de adoptarlo para evitar sucumbir ante los demonios que la hostigan y la amenazan.

Es en la medida en que los países de América Central adopten claramente y sin desvíos un pacto del tipo y del espíritu del que los países europeos han adoptado entre ellos, cuyo fundamento es la democracia, que la presencia de doce ministros y un delegado europeo debe tomar su verdadera significación.

Ya que es en la medida en que esta solidaridad centroamericana se afirme y se organice, que el riesgo de las intervenciones exteriores, que la mayor parte de estos países tienen la prudencia de temer, estará realmente alejado. Es por un sistema de precaución y de apoyo mutuos que América Central podrá hacer imposible e inútil cualquier intervención exterior. La unidad múltiple es para ustedes la vía hacia la independencia, pero también la disciplina que de generación en generación consolidará vuestra existencia colectiva en una realidad regional autónoma.

Es en la medida en que renazca y se expanda en términos políticos el Mercado Común de los cinco países de Centroamérica que la Europa comunitaria podrá mejor, más natural y eficazmente manifestar su apoyo y poner a disposición su inigualable experiencia. Vuestro Mercado Común debería renacer, pero luego de una larga reflexión colectiva sobre los motivos de su fracaso. Había arrancado muy bien pero, además de las tensiones políticas que le dieron el golpe mortal, era frágil por el hecho de que se consagrara exclusivamente a fines comerciales y que no haya integrado al número de estos objetivos la evolución compleja de las sociedades centroamericanas y la justicia social.

Debo decirlo tanto más porque las dificultades actuales de la Comunidad Europea vienen por parte de su impotencia para encontrar una respuesta colectiva al drama social que la asalta, es decir, la desocupación. No hay verdaderamente construcción intraregional que pueda durar y consolidarse si la opinión pública no encuentra en ella una respuesta a sus problemas.

Pero la presencia, el apoyo europeo van más allá de afirmaciones de principio. Nadie puede dudar del campo al que Europa pertenece. Ella es de Occidente; lo es económica, política y estratégicamente. Sin embargo, demuestra, cada vez que la ocasión lo exija, su propia capacidad de juicio y de conducta. Hace de la

situación de América Central un análisis que aclara su comportamiento.

Ninguno de nosotros piensa negar que el istmo centroamericano es, objetivamente, una zona estratégica esencial; nadie duda de que las grandes potencias estratégicas estén al tanto una y otra de asegurarse aquí un elemento de fuerza, el cual apunte a la amenaza o, al contrario, a la seguridad. Pero el interés estratégico de la zona no justifica que se pretenda prohibirle ser ella misma, ni que se impida a cada una de sus naciones tener, con el respeto de las demás, su propia visión de su destino, de sus propias decisiones nacionales. El interés estratégico como zona no explica por sí solo que se haya convertido en región de inseguridad, de intervención, de enfrentamiento. Es por ser intrínsecamente inestable, porque allí se desarrollan tensiones internas sociales y económicas que esta zona se ha convertido en área de enfrentamiento, de inseguridad, de intervención exterior, y no lo contrario: que haya una mejor distribución de las riquezas domésticas, una mayor justicia social, un mayor respeto de las minorías, el reconocimiento de la persona humana como objetivo del esfuerzo social, una mayor tolerancia recíproca interna y externa, la libertad; en otros términos, una sociedad centroamericana mejor equilibrada, y he aquí que el istmo en que estamos dejará de ser algo que está en juego para convertirse en dueño de su propio destino.

Sin volver los ojos al siglo pasado, en que la consolidación de las situaciones sociales inaceptables obligó a la intervención, hoy las desigualdades sociales, las tensiones que ellas provocan traen consigo el desorden que, en su momento, puede servir de pretexto a la intervención de fuerzas extranjeras.

No es porque hay un despertar ideológico que hay tensión social, sino porque la sociedad no ha encontrado su equilibrio que mil fuerzas se manifiestan en sentidos contrarios.

Pero sin duda, hay que ir más lejos. No es del todo seguro que en el estado presente del mundo, el istmo centroamericano esté normalmente destinado a llegar a ser un lugar de enfrentamiento estratégico Este-Oeste. No es seguro que esta aproximación muy simplificadora no tenga por objeto más que disimular otros motivos, preservar ciertos intereses.

Tal es nuestro análisis y tal la razón por la cual, resueltamente vinculados a la paz y a la autonomía de esta región, decimos a todos aquellos que son responsables de ellas, que el camino de esta paz exterior y de esta autonomía pasa por la concordia interior, es decir, por la justicia social, la libertad y la democracia. Nuestro mensaje no puede ser distinto de lo que es; nuestra presencia aquí no tendría sentido si el mensaje fuera otro: ninguno de los países del istmo, con sus particularidades, al comprometerse individualmente en la vía del fortalecimiento o de la puesta en ejecución de tal política, obtendría resultados comparables, interna o externamente, a los que una comunidad centroamericana de estados independientes pero solidarios podría pretender obtener por medio de una política concertada y acciones comunes.

A pesar de su superficie, su potencial, la evolución de ciertos sectores de su economía, sus países son, en el nivel mundial, potencias modestas. Cada uno constituye un pequeño mercado y las razones de invertir en él para satisfacer las necesidades interiores, como para llegar a los mercados internacionales, son débiles ahí. La creación o desarrollo real de un mercado común centroamericano ofrecería nuevas perspectivas de inversión, de complementariedad, de competencia, de diversificación.

Un tal desarrollo es, necesariamente, progresivo; cada país debe poder conducirse a su modo; esto supone que sean resueltos difíciles problemas que nosotros, los europeos, conocemos bien: ya sea que se trate, por ejemplo, de la libre circulación de las personas y de los bienes, o de coherencia de las políticas eco-

nómicas, de la definición de una política agrícola, de una política de transportes, o de un esfuerzo de armonización monetaria. Hay allí una tarea inmensa y difícil con la cual nosotros estamos dispuestos a contribuir con toda la riqueza de nuestra experiencia, es decir, con todos nuestros éxitos y nuestros fracasos. Pero, insistimos, el desarrollo económico debe ser pagado con este precio.

¿Cómo imaginar, de otra manera, que sociedades privadas europeas, y muchas están tentadas a hacerlo, acaban de invertir en una zona víctima de la inseguridad, al contacto de la mayor potencia económica del mundo y que, además, representa un mercado que no ofrece la base comercial necesaria a las empresas que contribuirían a la riqueza de todos? El mercado centroamericano puede ser significativo; el mercado de cada uno de sus países no lo es.

El mercado común centroamericano es, así, la condición de un desarrollo industrial real. ¿Pero a qué grado de confianza recíproca es necesario llegar para abrir las fronteras, para la libre circulación, para aceptar que la especialización industrial de cada país desemboque para todos en una mayor independencia, en un desarrollo regionalmente autónomo?

La prosperidad que ustedes buscan no nacerá sino de la complementariedad de sus economías y ésta supone confianza. Así, el problema económico es, ante todo, político. Y lo es tanto más que requiere adhesión de la opinión pública. Tal es, en otros términos quizás, el sentido de la gestión cumplida por el grupo de Contadora y la filosofía del acta de paz que ha sido elaborada y que suscita tantas esperanzas. Ellos necesitan de Europa las experiencias esenciales, al mismo tiempo que una obligación de presencia creciente.

Nosotros no podemos hacer nada por ustedes sin su propio esfuerzo, pero éste requiere nuestro apoyo. Las instituciones comunitarias y la Comisión están listas para ello.

En primera instancia, la Comunidad puede ayudar a la promoción de los productos de sus países, tanto en su propio mercado como en el mercado mundial. A pesar de lo que se haya dicho al respecto, el Mercado Común Europeo es el mayor importador del mundo, porque es, sin duda, el más liberal. La competencia en ese plano ya es grande, pero hay que ayudar a que ustedes tengan su lugar allí, el cual aún no tienen y con más razón porque ustedes poseen la voluntad de levantar un conjunto económico centroamericano organizado y estructurado.

No hace falta ir muy lejos para imaginar las facilidades tarifarias que sobrepasan las normas a las cuales sus productos están hoy sometidos. No lo pensemos mucho. No hay posición de principio, pero constatemos que el régimen que les es aplicado es ya favorable y que las mejoras tarifarias, si son posibles, no mejorarían suficientemente los intercambios en la medida en que ustedes y nosotros lo esperamos. El problema no es esencialmente tarifario, sino comercial. Pero si, como parece ser, nuestras relaciones que hoy toman un nuevo ímpetu se desarrollan en el futuro, habrá lugar entre nosotros para conversaciones y negociaciones. La economía europea atraviesa una crisis que la estremece; preparamos ya el momento en que, una vez recobrada la salud, será posible abrirnos más aún al mundo exterior.

Evidentemente, Europa deberá manifestarse por sus empresas. Nosotros podemos incitarlas a ello y también imaginar un sistema de garantía específica de la inversión privada en esta zona.

Pero más allá de que Centroamérica tenga necesidad de medios financieros, nosotros no tenemos ninguna necesidad de que nos lo recuerden. Tenemos una experiencia muy antigua y bastante profunda en los problemas de los países en desarrollo, así como una cooperación larga y estrecha con los países de América Central para saber cuáles pueden ser sus necesidades. Aparte del esfuerzo que ustedes mismos deben

hacer, la ayuda exterior, la ayuda comunitaria son, sin embargo, esenciales, pues hacen posible aquello que ustedes no pueden por sus propios medios.

Europa, incluidos los estados miembros de la comunidad, representa un poco más del veinte por ciento de la ayuda exterior total recibida por sus países. La misma ayuda comunitaria ha aumentado en el transcurso de los últimos años y los resultados que de ella derivan comienzan a ser alentadores. Hemos aplicado a sus países algunas reglas y hemos propuesto a su consentimiento prioridades que nos son familiares. Entre ustedes, más que en otros lados y sin otra consideración de naturaleza política, hemos querido favorecer el desarrollo agrícola y rural. Lo hemos hecho con tanta más determinación porque su dependencia alimentaria sugiere la diversificación de los cultivos, y porque la existencia de un potencial rural requiere de políticas agrarias, con cuyo soporte acciones de organización y de instalación de infraestructuras deben ser cumplidas.

Mejoramiento de las calidades y de los rendimientos de sus productos exportables, desarrollo de los cultivos comestibles y de la crianza de animales, instalación de los campesinos, organización de aldeas o pueblos, ordenamiento del espacio rural, son las prioridades escogidas por ustedes y que apoyamos con determinación.

Luego de un arranque lento, nuestra acción ha alcanzado un ritmo satisfactorio. Esta reclama hoy el incremento de los medios, y sin duda la ampliación de la ayuda técnica de que la Comisión dispone en el lugar. Sin esperar esta reunión, un estudio había sido emprendido; éste debe permitirnos determinar pronto el nivel adecuado de nuestra intervención. Habíamos esperado que, sobre la base de proposiciones hechas por la Comisión, el Consejo pudiera tomar una decisión antes de este encuentro. Este punto queda en discusión. No hay duda de que con la ayuda de las nuevas condiciones políticas, una decisión positiva será

tomada pronto. Aun ahí, como es de esperarse, la decisión política, el acuerdo político, habrá servido de marco a las medidas económicas y financieras. En otros términos, y para resumir y concluir este propósito, la Comunidad considera que este encuentro es esencial en sí mismo. Es, en cuanto al resto, mucho más un comienzo que un final. Ninguno de los europeos aquí presentes puede retornar a su viejo continente siempre joven, sin conservar en su interior la importancia de las posiciones, la inmensidad de los riesgos, la vibración angustiada y opresiva del llamado, la urgencia de las decisiones, la importancia de las necesidades, la responsabilidad de Europa.

A partir de hoy, cultural, política, financiera, económica y socialmente, Europa sabe lo que ustedes esperan de ella y cuál contribución puede dar para un mejor equilibrio de la región. Sabe también de dónde provienen ustedes, la idea que los conduce y que los une a lo largo de las vicisitudes de la historia. Esta identidad centroamericana que ustedes desean afirmar ahora es asunto y responsabilidad de ustedes. Pero Europa se declara hoy lista para trabajar a su lado. La tarea de esta conferencia es estudiar las vías y medios de una solidaridad y una presencia que se reclaman como necesarias. No terminemos sin antes haber precisado las condiciones y las modalidades de su definición y de su puesta en marcha.

